

Wehrmacht cediera en el frente oriental. Más allá del influjo de lo nazi en sentido estricto, cunde el mito del *Führer* invencible. Klemperer certifica la enorme importancia que tuvieron en la construcción de ese mito los éxitos de la política exterior hitleriana en los años 30, y por tanto las cesiones de los partidarios del *apaciguamiento*, así como la facilidad con que Hitler avanzó en las primeras campañas militares. El caudillo unció a su carro a cientos de miles de nacionalistas, no necesaria ni principalmente nazis, que decidieron jugarse en la partida la supervivencia de Alemania. Hasta el mismo día de la rendición hubo muchos alemanes convencidos de que Adolf Hitler les conduciría a la victoria final, que guardaba un as en la manga, un arma milagrosa que daría la vuelta a la situación. «Siempre esa fe en Hitler, no cabe duda que ejercía una influencia de carácter religioso», escribe Klemperer el 4 de mayo de 1945, cuando ya se conocía el suicidio del dictador. Las tesis de Kershaw sobre el liderazgo carismático se ven así plenamente corroboradas por estos textos.

En definitiva, los diarios de Victor Klemperer constituyen un documento de enorme valor. Y no sólo para conocer mejor la sociedad alemana bajo el Tercer Reich y para revitalizar los debates historiográficos, sino también para comprobar la inconcebible capacidad de resistencia del ser humano. Un profesor universitario que ronda los sesenta años de edad, enfermo y malnutrido, sobrevive a la esclavitud y a la guerra. Gracias en primer lugar a su dedicación al estudio, su «refugio de trinchera» (I, 216). Gracias también a su esposa, un ser frágil que se crece en las dificultades y tira de ambos hacia delante. Y gracias, en fin, al cumplimiento de un imperativo moral, a su firme voluntad de transmitir su experiencia, de anotar hasta la última picadura de mosquito: «seguiré escribiendo, esa es mi *heroicidad*. ¡Quiero dar testimonio, y testimonio exacto!» (II, 99). Lástima que no podamos expresarle nuestro reconocimiento por ello.

JAVIER MORENO LUZÓN

Jan T. Gross,
Vecinos. El exterminio de la comunidad judía de Jedwabne (Polonia),
 Barcelona, Crítica, 2002
 [Princeton University Press, 2001], 238 págs.
 Prólogo de Jorge Martínez Reverte.

Principios del verano, días comprendidos entre el 25 de junio y el 10 de julio de 1941. El escenario de la tragedia, un pueblo

pequeño del Este de Europa, Jedwabne, próximo a lo que entonces era la Prusia oriental, en la parte de Polonia ocupada por la

Unión Soviética tras el reparto del país acordado en agosto de 1939 con la Alemania nazi. Los actores, víctimas y victimarios, los tres mil habitantes, la mitad judíos y la mitad católicos, de una localidad de la que la inmensa mayoría de los europeos nunca habíamos oído hablar. El contexto: el avance alemán una vez que Hitler ha decidido atacar a Stalin. El resultado: las aproximadamente 1.600 víctimas del pogrom auspiciado por la población católica contra sus paisanos judíos, contando con el beneplácito de los ocupantes nazis. Estos son a grandes rasgos los perfiles de la trama que analiza Jan T. Gross, catedrático de Ciencias Políticas y de Estudios Europeos en la Universidad de Nueva York, en *Vecinos*, un librito inquietante que ha removido las hasta ahora relativamente apacibles aguas de la historiografía polaca. Un libro pequeño pero trascendental que, al tiempo, ha engrosado y contribuido a reforzar con inusitado empuje las tendencias revisionistas que se vienen dando en los últimos años en el conjunto de la historiografía europea centrada en la Europa de entreguerras.

Hasta ahora lo que resaltaba en los libros de historia que se han ocupado de la II Guerra Mundial al referirse a Polonia era la tragedia de un país que fue campo de experimentación de los dos grandes modelos políticos totalitarios del período, el nacionalsocialista y el bolchevique, y que se vio afectado de manera terrible por la conflagración bé-

lica: casi el 20 por 100 de la población muerta por causas directa o indirectamente relacionadas con la guerra; sus elites políticas, militares y profesionales diezmadas; sus minorías (alemana, ucraniana y judía) prácticamente aniquiladas; un tercio de la población urbana desaparecida. Sin embargo, *Vecinos* viene a complicar el análisis imperante, en el que los polacos eran presentados como las víctimas propiciatorias de una guerra que ellos no habían provocado, conforme a la imagen de una Polonia engullida por las dos grandes potencias que condicionaron crucialmente su destino, en el fondo como si se tratara de la puesta al día de una historia que se venía repitiendo desde hacía siglos.

En su relato, Gross no hace otra cosa que plantearse preguntas nuevas sobre el gran tema del Holocausto, al que considera un fenómeno heterogéneo —lo que ya de por sí es una novedad—, y, por tanto, no el fruto exclusivo de la estrategia exterminadora hitleriana. Tal replanteamiento lo hace, en primer lugar, desgranando los hechos del drama que estudia sin concesiones a los tópicos al uso. Unos hechos en sí mismos terribles, porque sobrecoge la constatación de cómo son asesinados bárbaramente alrededor de 1.600 personas utilizando todo tipo de medios, en su conjunto sumamente primitivos y artesanales, nada que ver en consecuencia con la muerte industrial auspiciada por los nazis en los campos de concentración (cámaras de gas y demás), no

por ello menos terrible. A los judíos de Jedwabne se les empezó matando a estacazos, a cuchilladas, con piedras, con alguna que otra decapitación, se les cortaba la lengua, se les ahogaba, se les clavaban ganchos punzantes en el estómago. Pero a la vista de que su exterminio no avanzaba muy deprisa, se les terminó por reunir a la mayoría de ellos en un pajar y se les quemó vivos tras rociar el edificio con gasolina. Todo ello como si se tratara de un espectáculo de feria, con el alcalde dirigiendo a los asesinos, casi todos muy jóvenes, y la muchedumbre enfervorizada riendo, con músicos tocando y entre aplausos que a duras penas lograban ahogar los alaridos indescriptibles de las víctimas achicharradas, incluidos ancianos, mujeres (más de una embarazada) y niños.

El cuadro de Gross es demoleedor y pone sobre la mesa la necesidad imperante de reescribir la historia de Polonia (e indirectamente de buena parte de Europa), no sólo durante la propia guerra sino también durante la larga postguerra que le siguió. En lo que constituye todo un desafío a la historiografía polaca oficial, las conclusiones de Gross no pueden resultar más devastadoras. Porque, desde el momento en que se sostiene que el caso de Jedwabne no es excepcional, se cae por su propio peso la vieja convención de que la historia de Polonia, y de sus sufrimientos con las sucesivas ocupaciones alemana y soviética, iba por un lado, y la de los

judíos víctimas del Holocausto, por otro. Como tampoco sale bien parado el estereotipo de que el antisemitismo de amplios estratos de la sociedad polaca fue consecuencia directa del supuesto e incondicional colaboracionismo judío con los soviéticos en la época de la partición del país y, después de la conflagración, en el proceso de consolidación del estalinismo en el territorio.

La tesis principal de *Vecinos* es que los polacos católicos tuvieron una enorme responsabilidad en el genocidio, no tanto por imposición de los nazis sino como consecuencia de una dinámica independiente en sus relaciones con los polacos judíos fraguada desde antiguo y realimentada por las nuevas circunstancias. En Jedwabne, como en otros lugares, el antisemitismo era desde tiempo inmemorial un sentimiento muy generalizado entre la «gente corriente» (conforme a la acertada expresión acuñada por C. Browning en su *Ordinary Men*, Nueva York, 1992), y de esa gente normal y sencilla, buenos ciudadanos de todas las edades y profesiones, partieron las matanzas masivas y el aplauso cómplice a los asesinos concretos. Nadie obligó a la población local a participar en la persecución y asesinato de los judíos. Asesinatos que tuvieron nombres propios detrás. Los alemanes mataron cientos de miles de judíos en Polonia, pero no fueron sólo alemanes los autores de esas muertes. Buena prueba de todo ello es que el antisemitismo

siguió vivo y coleando al cerrarse las hostilidades, como pusieron de manifiesto los pogromos, también sangrientos, de 1945 en Cracovia y de 1946 en Kielce, antes de la definitiva conquista del poder por los comunistas. Hasta la publicación de *Vecinos*, la historiografía polaca se definía por la carencia de estudios acerca de la intervención de la población autóctona en el exterminio de los judíos polacos, pese a las, al parecer, amplísimas pruebas disponibles de esa complicidad.

Pero Gross no se queda aquí. También, de nuevo frente a otro estereotipo, el de la resistencia sin fisuras, resalta cómo muchísimos polacos de religión católica, especialmente los que habían sufrido la dominación soviética desde el verano de 1939, recibieron a la Wehrmacht entre vítores y con los brazos abiertos (no así los polacos judíos, por razones obvias), como si se tratase de un ejército liberador «de la espantosa opresión judeo-comunista». En Jedwabne esa fue la actitud mayoritaria, y no porque la población judía hubiera dado de forma generalizada una respuesta entusiasta a la previa ocupación del Ejército Rojo.

Precisamente, Gross lanza la inquietante hipótesis de que los aliados naturales de los comunistas antes de 1941, y luego también después de 1945, habrían sido las personas que se comprometieron más durante la ocupación alemana, de acuerdo con el principio de que los totalitarismos del siglo xx habrían

utilizado, junto a los colaboradores convencidos, mano de obra a la que no se le preguntaba sus antecedentes: esto es, personas carentes por completo de principios. Nuestro autor propone el término «gentuza» para conceptuar a estos grupos y plantea el sugestivo interrogante siguiente: «¿Por qué la gentuza, los que hicieron el trabajo sucio para los nazis en la Polonia ocupada, no iba a reaparecer formando el principal bastión del aparato estalinista cinco años más tarde?». Así, las comunidades cuya población había asesinado a los judíos durante la guerra habrían sido especialmente vulnerables a la soviétización. Es decir, los sectores polacos más antisemitas habrían sido decisivos para el establecimiento del régimen comunista en Polonia, significativamente cuando ya no quedaban judíos. El proletariado lumpen indígena, y no los judíos, habría constituido el principal bastión del estalinismo polaco. No en vano la atomización social que alentó ese segmento social fue el requisito indispensable que luego abrió la puerta a la consolidación del monopolio comunista en el poder.

Detrás de todo ese proceso se situó la desintegración moral y la pérdida de valores que cristalizaron en la crisis de entreguerras, aunque sus raíces, próximas y remotas, fueran otras. Esa crisis moral, remozada por las nuevas ideologías totalitarias, fue lo que derribó los tabúes que prohibían el asesinato masivo de personas inocentes. Los polacos

antisemitas emularon a los nazis alemanes al no ver en los judíos a seres humanos, sino a una especie de alimañas que debían ser aniquiladas por todos los medios. Esa brutalización previa de las relaciones personales que llevó a considerar la liquidación del vecino se alimentó de una mezcla explosiva de ingredientes variados, al margen de la animosidad tradicional contra los hebreos, culturalmente muy arraigada sobre todo en las zonas rurales: ganarse de forma

oportunista la voluntad de las nuevas autoridades; obtener beneficios materiales por las actividades realizadas (el reparto de los bienes de los asesinados); y el estímulo de la misma propaganda nazi, que animaba a saldar cuentas con la comunidad judía por las supuestas indignidades sufridas por los católicos durante la ocupación soviética.

FERNANDO DEL REY

Omer Bartov,
Mirrors of Destruction. War, Genocide and Modern Identity,
Oxford-Nueva York, Oxford University Press, 2000.

Stanley Cohen,
States of Denial. Knowing about Atrocities and Suffering,
Cambridge, Polity Press, 2001.

Dentro de la abundante producción científica sobre las grandes atrocidades del siglo xx, las relaciones entre los genocidios y la cultura moderna siguen siendo un tema misterioso. Los historiadores han podido identificar los principales recursos que utiliza el poder para convertir al hombre en un instrumento criminal: el nacionalismo, con su carga de exclusión de todo aquello que no pertenece a la «comunidad imaginada»; el imperalismo, con su tendencia congénita a trazar fronteras entre razas superiores e inferiores; el totalitarismo, sublimación de la razón de Estado al servicio de una ideología utópica. Pero cuando nos trasladamos de lo

político a lo cultural y psicológico, las certezas empiezan a desvanecerse. En particular, carecemos de estudios generales que expliquen satisfactoriamente hasta qué punto influye la cultura en la puesta en práctica de políticas de exterminio (¿puede hablarse de «culturas genocidas?»), y cómo repercuten a su vez estas políticas en el imaginario social.

Los dos libros que vamos a comentar se enfrentan a este virtual vacío teórico desde ángulos diferentes, aunque complementarios. *Mirrors of destruction*, del historiador norteamericano Omer Bartov, está compuesto de cuatro ensayos en torno a la relación entre la guerra, el genoci-